

su hijo, y que no pensara que porque había muerto mi padre ya era yo dueño absoluto de mi libertad, y otras cosas á este modo, á las que respondí que ya ese tiempo se había acabado, que ya yo no era muchacho, que ya me rasuraba, y que si salía y me detenía en la calle, era para ver de qué cosa nos habíamos de mantener.

Semejantes respostadas entristecieron á mi madre bastante, y desde luego conoció lo que iba á suceder, que fué quitarme la máscara y perderla el respeto enteramente como sucedió.

Quisiera pasar este poco tiempo de maldades en silencio, y que siempre ignorarais, hijos míos, hasta dónde puede llegar la procacidad de un hijo insolente y malcriado; pero como trato de presentaros un espejo fiel en que veáis la virtud y el vicio según es, no debo disimularos cosa alguna.

Hoy sois mis hijos, y no pasáis de unos muchachos juguetones; pero mañana seréis hombres y padres de familias, y entonces la lectura de mi vida os enseñará cómo os debéis manejar con vuestros hijos, para no tener que sufrirles lo que mi pobre madre tuvo que sufrirme á mí.

Dos años sobrevivió mi madre á la muerte de mi amado padre, y fué mucho, según las pesadumbres que le dí en ese tiempo, y de que me arrepiento cada vez que me acuerdo.

Constantemente disipado, vago y mal entretenido, no pensaba sino en el baile, en el juego, en las mujeres, y en todo cuanto directamente propendía á viciar mis costumbres más y más.

El dinerito que había en casa no bastaba á cumplir mis deseos. Pronto concluyó. Nos vimos reducidos á mudarnos á una viviendita de casa de vecindad; pero como ni aun ésta se pudo pagar, á pocos días puse á mi madre en un cuarto bajo é indecente, lo que sintió sobremanera, como que no estaba acostumbrada á semejante trato.

La pobre de su merced me reprendía mis extravíos; me hacía ver que ellos eran la causa del triste estado á que nos veíamos reducidos; me daba mil consejos persuadiéndome á que me dedicara á alguna cosa útil, que me confesara, y que abandonara aquellos amigos que me habían sido tan perjudiciales, y que quizá me pondrían en los umbrales de mi última perdición. En fin, la infeliz señora hacía todo lo que podía para que yo reflexionara sobre mí; pero ya era tarde.

El vicio había hecho callos en mi corazón; sus raíces estaban muy profundas y no hacían mella en él ni los consejos sólidos, ni las reprensiones suaves ni las ásperas. Todo lo escuchaba violento y lo despreciaba pertinaz. Si me exhortaba á la virtud, me reía; y si me afeaba mis vicios, me exasperaba; y no sólo, sino

que entonces le faltaba al respeto con unas respuestas indignas de un hijo cristiano y bien nacido, haciendo llorar sin consuelo á mi pobre madre en estas ocasiones.

¡Ah, lágrimas de mi madre, vertidas por su culpa y por la mía! Si á los principios, si en mi infancia, si cuando yo no era dueño absoluto de los resabios de mis pasiones, me hubiera corregido los primeros ímpetus de ellas y no me hubiera lisonjeado con sus mimos, consentimientos y cariños, seguramente yo me hubiera acostumbrado á obedecerla y respetarla; pero fué todo lo contrario: ella celebraba mis primeros deslices y aun los disculpaba con la edad, sin acordarse que el vicio también tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud, lo mismo que el hombre en lo físico. Él comienza siendo niño ó trivial, crece con la costumbre y fenece con el hombre, ó llega á su decrepitud cuando al mismo hombre en fuerza de los años se le amortiguan las pasiones.

¿Qué provecho no hubiera resultado á mi madre y á mí, si no se hubiera opuesto tantas veces á los designios de mi padre, si no le hubiera embarazado castigarme, y si no me hubiera chiqueado tanto con su imprudente amor? ¡Ah! yo me habría acostumbrado á respetarla, me hubiera criado timorato y arreglado, y bajo este sistema no hubiera yo padecido tantos trabajos en el mundo,

ni mi madre hubiera sido víctima de mis desobediencias y vilipendios.

Lo más sensible es que este funesto caso no carece de ejemplares. Hijos de viudas consentidoras, casi siempre son hijos perdidos y malcriados, y madres de semejantes hijos ¿qué han de ser sino unas mujeres desgraciadas?

Sucede por lo común que el padre es un hombre regular que procura inspirar al niño unos sentimientos cristianos, morales y políticos, y según ellos desviarle de todas aquellas bajezas á que el hombre se inclina naturalmente. Esto hace llorar al niño, y la madre se aflige y lo embaraza. Hace alguna travesura, se le celebra; usa alguna malacrianza, se le disculpa; produce algunas palabras indecentes, ó porque las oyó á los criados, ó en la calle, y se festejan; el padre se tuesta de estas cosas, y teme empeñarse en reprenderlas y castigarlas al hijo, porque cuando lo hace, sabe que salta la madre como una leona; y ya sea porque la ama demasiado, ya porque no se vuelva aquel matrimonio un infierno, condesciende con ella, no se castiga el delito del muchacho, éste se queda riendo y satisfecho en la impunidad que le asegura su mamá, da rienda á sus vicios, que entonces, como dijimos, son vicios niños, puerilidades, frioleras; pero en la edad adulta son crímenes y delitos escandalosos.

Sin embargo, rara vez deja de servir de cierto freno

la presencia del padre; pero si éste muere, todo se acaba de perder. Roto el único dique que había, aunque débil, se sale de caja el río de las pasiones, atropellando con cuanto se pone por delante.

Entonces la viuda reconoce lo feroz de un corazón entregado á la libertad, quiere oponerse por la primera vez, pero es tarde; el torrente es impetuoso, y sus fuerzas incapaces de contenerlo. Prueba los consejos, emplea las caricias, compila las reprensiones, tienta las amenazas, agota las lágrimas, solicita castigos, y acaso, desesperada, prorrumpe en maldiciones contra su hijo;<sup>1</sup> mas nada basta. El joven endurecido, obstinado y acostumbrado á no obedecer ni respetar á su madre, desprecia los consejos, se mofa de las caricias, burla las reprensiones, se ríe de las amenazas, se divierte con las lágrimas, elude los castigos y retorna las imprecaciones con otras tales, si no se desacata, como se ha visto, á poner sus viles manos en la persona de su madre.<sup>2</sup>

Toda esta lastimosa catástrofe se excusaría con educar bien y escrupulosamente á los niños. ¿Y á cuántos puntos se pueden reducir las principales obligaciones de los padres acerca de la buena educación de sus hijos? A tres, en sentir de un varón apostólico que floreció

<sup>1</sup> Muchas veces se han visto cumplidas estas maldiciones. Los hijos deben guardarse de merecerlas, y los padres de proferirlas. Todo es malo.

<sup>2</sup> Crimen atroz, pero que no carece de ejemplares.

en México.<sup>1</sup> A saber: á enseñarles lo que deben saber, á corregirles lo mal que hacen y á darles buen ejemplo. Tres cosas muy fáciles al decirse, pero muy difíciles al practicarse, atendiendo la multitud de hijos mal criados y llenos de vicios que notamos; mas no porque sean difíciles de observarse, porque el yugo del Señor es suave, sino porque los tales padres y madres ni remotamente se aplican á practicar los tres preceptos insinuados; antes parece que al propósito se desvían de ellos cuanto pueden.

Si es en la instrucción, se contentan con darles la muy superficial por medio de unos maestros ó ayos mercenarios,<sup>2</sup> que acaso, viendo el chiqueo de los padres, no tratan más que lisonjear al pupilo con harto daño de él y de sus conciencias.

<sup>1</sup> El padre Juan Martínez de la Parra, de la Compañía de Jesús.

<sup>2</sup> Hablamos aquí de los padres decentes y bien nacidos, que obran de este modo; no de la gente vulgar que no abriga ningunos sentimientos regulares; pues á éstos no los corrige la crítica ni la persuasión. Estos bárbaros que llevan al hijo á que los cuide cuando el aguardiente los arroja por las calles; otros que los llevan al juego, y aun juegan con ellos; otros en cuyas pocilgas jamás se oyen sino maldiciones, juramentos, riñas y obscenidades, etc.; éstos no sólo no pueden dar á sus hijos buena educación ni buen ejemplo, porque son unos brutos racionales, sino que por esta misma razón siempre los imbuyen en sus errores y preocupaciones, y con sus perversos ejemplos les forman un corazón de demonios. Esta es una triste verdad, pero verdad que si se quisiera desmentir hablaran en su favor las pulquerías, tabernas, villarcitos, cárceles y calles de esta ciudad, que no están llenas de otra polilla que de estos haraganes y viciosos. ¡Qué cosa tan grande fuera el hacerlos útiles al Estado y á sí mismos! ¿Qué providencias más conducentes para el caso, que encargarse de sus hijos, proporcionándoles por amor y por fuerza la buena educación? ¿Y qué arbitrio, á mi parecer, más fácil para ello que el proyecto de las escuelas gratuitas, que propuse en el tomo tercero de mi *Pensador mexicano*, números 7, 8 y 9? Yo aseguro que, practicado en todas sus partes, dentro de diez años nuestra plebe no fuera tan necia, viciosa é inútil como hoy. Esto sería hacer de las piedras hijos de Abrahán.

Si es en la corrección, ya hemos dicho el abandono de estos padres, y especialmente de las madres.

Ultimamente, si es en el ejemplo, ¿cuál es el ordinario que ven los hijos en sus casas? Lujo en las personas, excesos en la mesa, orgullo con los criados, altanería y desprecio con los pobres.

Esto es cuando menos, que cuando más ya se sabe lo que ven y oyen los niños en muchas casas. Y siendo el ejemplo el aliciente más poderoso para formar bien ó mal el corazón del niño en aquella edad, ¿cómo será éste con tales ejemplos? Los resultados nos lo dicen: niño engreído, grande soberbio; niño consentido, grande necio; niño abandonado, grande perdido; y así de lo demás.

Todo esto se remediaba con la buena educación, y ésta desde temprano. El consejo es del Espíritu Santo, que dice: *Si tienes hijos, instrúyelos desde su niñez.* (Eccl., cap. VII). El árbol se ha de enderezar cuando es vara, no cuando se robustece y es tronco. Los médicos dicen que los remedios se deben aplicar al principio de las enfermedades, antes que tomen cuerpo, antes que se vicie toda la sangre y corrompa los humores. Los diestros cirujanos componen el hueso luego que se disloca, y lo entablan luego que advierten la fractura; porque si no, cría *babilla* y se imposibilita la cura.

Así, ni más ni menos, debe ser la educación de los niños; desde pequeños, antes que sean troncos. Se

han de corregir sus deslices luego que se les noten, porque si no, crían *babilla*.

Estas verdades son más claras que el agua, más repetidas que los días; no hay quién diga que las ignora, y con todo eso no se ven sino muchachos mal criados y necios, que después son unos hombres vagos, viciosos y perdidos.

Esto no puede estar en otra cosa sino en que obramos contra lo mismo que sabemos. Consentimos á los muchachos, por serlo, y por tenerles demasiado amor; ellos, cuando jóvenes, nos llenan de pesadumbres y disgustos, y entonces son los ojalás y los malhayas, pero sin fruto.

¿Cuánto mejor y más fácil no es domar al caballo de potro que de viejo? Tienen los padres un freno y un acicate muy oportuno para el caso, y que, sabiéndolos manejar con prudencia, es casi imposible que deje de producir buenos efectos. El freno es la ley evangélica bien inspirada y el acicate el buen ejemplo practicado constantemente.

Los campistas de nuestra tierra dicen que el mejor caballo necesita las espuelas; así podemos decir, que el niño más dócil y el de mejor natural ha menester observar buenos ejemplos para formar su corazón en la sana moral y no corromperse. Esta es la espuela más eficaz para que los niños no se extravíen.